

FERNANDO  
DELGADO

*Mirador de*  
**Velintonia**

DE UN EXILIO A OTROS (1970-1982)

*f)L* Fundación José Manuel Lara

Primera edición: octubre, 2017

© Fernando Delgado, 2017  
© Fundación José Manuel Lara, 2017  
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales  
Fotografía de cubierta: Entrada de la casa de Vicente Aleixandre en Velintonia, calle que lleva hoy el nombre del poeta (© Ricardo Martín)  
Fotografías de interiores: los autores, archivo de Fernando Delgado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1603-2017  
ISBN: 978-84-15673-71-2

Printed in Spain–Impreso en España

A Solita Salinas, Carlos Bousoño y José Luis Cano.  
En el recuerdo.



Nunca perdimos ni perderemos a España del todo mientras viva Vicente Aleixandre en Velintonia.

MAX AUB

No existe una literatura del exilio, existen escritores que escribieron fuera de España.

FRANCISCO AYALA

La nostalgia es una característica fundamental de todo exilio, y no iba a dejar de serlo en el caso del español, el primer gran exilio político del siglo XX o la última guerra romántica, como la nombran algunos historiadores.

JUAN MARICHAL

Estoy seguro en que llegará una década de libertad, de máxima libertad. Nuestra generación no lo verá ya. Lo que hoy no está más que apenas tolerado, y mal, tan mal, será el día de mañana cosa corriente, formas distintas. El amor lo justificará como debe ser, como tiene que ser.

VICENTE ALEIXANDRE



## RETRATOS DE CONJUNTO





En aquella foto sevillana de familia de la generación de 1927, tomada durante el famoso homenaje a Góngora, unos quedaron más guapos que otros, como suele suceder en todo retrato de grupo. Y curiosamente el único, además de Cernuda, que no salió en la foto fue el que llegaría a alcanzar la gloria del Nobel: Vicente Aleixandre. En cualquier caso, allí estaban los rostros de los verdaderos talentos poéticos que han amamantado la poesía española de nuestro tiempo y que trazaron los cauces más cosmopolitas de la emoción poética, con su pluralidad de voces y registros, con sus distintos magisterios, sus personalidades bien definidas y sus voces singularizadas. No se puede decir que a aquella generación de la amistad, en la que eran todos los que estaban pero no estuvieron todos los que eran, le faltara el reconocimiento público y una audiencia tan abundante como la cultura española podía permitirse. Pero la suerte de sus protagonistas la diversificó la vida y, por supuesto, los avatares de la historia española. Unos en el exilio y otros aquí, y entre los que aquí quedaron, unos encerrados en el exilio interior y otros ajenos a cualquier exilio. El drama les tocó a todos, pero, como es lógico, cada uno lo vivió con distinta intensidad y a su manera: con activo compromiso político, con desdén intelectual, con apasionada observación de aquella realidad o con dolorida melancolía. En el caso de Lorca la muerte lo convirtió en un símbolo que trasciende a la propia generación para encaramarse en un dolor común

que a todos nos alcanza. Y desesperado la vivió Salinas, por ejemplo, en el destierro del que jamás volvería.

Lo cierto es que todos ellos gravitaron con su hacer sobre la vida española de la República y constituyeron una referencia estética y moral en la contienda fratricida y en el tiempo de sombras que la siguió. Pero las influencias de estos poetas y en consecuencia sus protagonismos resultaron asimismo diversos. Lo fueron quizá por dos razones entre muchas: la moda imperante y la distinta relación de cada uno de ellos con la sociedad literaria. La moda –un fenómeno trivial que a veces determina el acercamiento inmediato a una poesía y no a otra, quizá la evolución del gusto– fue más favorable a una obra de cierta ruptura y de compromiso político explícito. El otro factor –la relación con la sociedad literaria y con la comunicación– favoreció a los poetas que alimentaban tertulias y ejercían su magisterio sobre los más jóvenes o a quienes en función de su activismo político alcanzaban una mayor proyección social y un mayor conocimiento del público.

Estas circunstancias no se reseñan aquí en detrimento de la calidad de poetas como Alberti o Aleixandre, por ejemplo, sino como reconocimiento de unos hechos que han primado la difusión de la obra de unos sobre la de otros. Es innegable la genialidad de Federico García Lorca y nadie se atrevería a discutir que su dramática muerte contribuyó al conocimiento universal de una obra que lo merecía. Aleixandre lo llevó siempre en su alma, sin dejarlo salir jamás de ella.

Pero cada uno de nuestros escritores exiliados vivió su destierro de distinta manera y cada uno de ellos lo sufrió o no de semejante o variado modo. En este libro se reflejan algunas miradas de esos exilios, los de dentro, que los

hubo, y los de fuera. De la España desterrada se habla, a través de mis conversaciones personales con aquellos protagonistas del exilio que me fueron cercanos y queridos y me ofrecieron su amistad y con algunos otros que traté menos. Pero esas conversaciones, sostenidas entre los años setenta y principios de los ochenta, nutren un modesto relato sobre el exilio literario español a través de algunos de sus protagonistas, que es y no es un libro de memorias. En el caso de que de algún modo lo fuera, se trataría de unas memorias de los otros y no de unas memorias mías. Pero si lo son hasta cierto punto, que es inevitable que a veces lo sean, el papel que tengo en ellas es el de un cronista de cercanía que ha vivido el privilegio de la amistad con algunos de los personajes, percibiendo sus emociones y añadiendo las mías, y el de un entrevistador que recopila ahora respuestas que obtuvo en Televisión Española y Radio Nacional de España, así como en los suplementos literarios de los diarios *Informaciones*, *Pueblo* y *El País*; antes en la revista *Ínsula* o *Revista de Occidente* y mucho más tarde en *Mercurio*. Faltan, sin duda, algunos protagonistas del exilio a los que no conocí y con los que nunca hablé, pero además de estar aquellos con los que anduve figuran aquí los recordados por ellos mismos.

Que la figura de Vicente Aleixandre, nuestro gran exiliado interior, articule de alguna manera la narración lo justifica no sólo el hecho de que fuera la más destacada figura del exilio entre los que se quedaron, y mi proximidad a él, además de la amistad con Aleixandre de los que me fueron más queridos, sino su permanente relación fraterna con los otros exiliados. Y como Velintonia fue un mítico lugar de acogida para los que aquí estaban, algunos de los cuales vivieron particulares destierros, y para los que estaban fuera y aparecían de vez en cuando,

Velintonia es uno de los escenarios principales de este relato como lo son otras casas o escenarios públicos de la vida literaria y artística del Madrid que, en el final del franquismo y en los años primeros de la democracia, presentaban fugaces estampas de lo que nos pasaba. Emociones, impresiones, gratitudes o desafectos pasan por estas páginas. Pero a la hora de explicar lo que verdaderamente me he propuesto al escribir *Mirador de Velintonia* me vienen al pelo las palabras que empleó Vicente Aleixandre para describirme su intención al elaborar su espléndido libro de retratos: «Cuando escribí *Los encuentros*, que tienen cierto carácter de memorias, porque están hechos a base de recuerdos, lo hice desde el punto de vista de mi encuentro con las personas y de dónde, cómo y cuándo las traté, de lo que vi en ellas. Entonces, te diré que cuando se trató de elegir a las personas que yo tenía que retratar, me encontré con que esto llevaba consigo una fidelidad al recuerdo y, por tanto, no se podía falsear la impresión que yo tuviese, incluso en los aspectos menos favorables para la persona de que se tratara». Justamente eso es lo que desde una posición mucho más modesta he tratado de hacer aquí, en *Mirador de Velintonia*, siguiendo el ejemplo de Vicente Aleixandre.